DaBaR

Ciclo A

nº 48

30 de agosto de 2026
22º Domingo Ordinario

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

De la cruz

Mucho se ha hablado y escrito sobre el sufrimiento cristiano y la carga de la cruz, y parece que el tema no se cierra nunca. En mi infancia en un colegio religioso, nos insistían en la relación perfecta que había entre el sufrimiento y la santidad. A mayor sufrimiento, mayor santidad. Daba igual si el tal sufrimiento era autoinfligido, fingido o se expresaba amargando la vida a todos los presentes. Tampoco importaba si se soportaba acoso o burlas de compañeras: eso que se padecía ayudaría en el camino a la santidad. El concepto de resignación acompañaba siempre y mantenía esas situaciones sin solución ni esperanza de resolverse. Agua, ajo y resina, decían.

Aún permanece ese planteamiento en no pocos predicadores, que comentan el evangelio del domingo con un punto de vista que justifica a abusones y maleducados, como si tener a una de estas personas en tu vida fuera una gracia especial que nos concede Dios, una oportunidad de alcanzar el cielo desgracia mediante.

La historia que hoy nos trae el evangelio de Mateo, al alcance de todos nosotros, explica por boca del propio Jesús la sencillez de las cosas. No es cuestión de buscar el sufrimiento (y sólo eso) expresamente. Jesús nos invita a seguir sus pasos, asumiendo la voluntad del Padre y esforzándonos en cumplirla hasta el final.

Advirtiendo lealmente de que tal cumplimiento puede ponernos las cosas difíciles en lo relativo a nuestras relaciones, nuestro trabajo, incluso con nuestra familia. Seguir a Jesús nos pondrá a veces en la tesitura de tener que elegir entre lo fácil y lo difícil. Como Pedro, no querremos que nadie tome el camino de asumir las consecuencias de su comportamiento. Nos apetecerá más tomar la ruta turística, tibia y comodona, para llegar a algún lugar con buenas vistas al Calvario. Desde allí podremos solidarizarnos y "sufrir" junto a Jesús.

El sufrimiento de Jesús es siempre por cosas y situaciones que afectan a lo hondo del ser humano: injusticias, desgracias y enfermedades. Para el Padre no hay nada peor que las situaciones que impiden a sus criaturas vivir bien una vida buena, amable, amistosa y solidaria. Los seguidores de Jesús que vivan según lo que pide su Padre deben estar en disponibilidad total al servicio del reino. Y asumir que aferrarse ciegamente a la vida terrena les llevará a perderla, y que sólo arriesgarla con generosidad y valor lleva a salvarla.

Por eso el sufrimiento de Jesús es de otra índole. No hace de él el centro de su vida. No se recrea, no lo comparte a voces ni lo desahoga con malhumor sobre sus amigos. No se queja ni se lamenta. Cuando la angustia le aprieta el corazón insiste una y otra vez en encomendarse a las manos de su Padre.

El sufrimiento de Jesús no tiene que ver con cosas mundanas ni terrenales. No se debe a la envidia, ni al resentimiento, ni al egoísmo. Él lucha por arrancar el sufrimiento del hambre, la injusticia, el dolor y la muerte.

Dios no quiere nuestro sufrimiento gratuito y sin sentido. Es inútil. Lo que le agrada es que lo asumamos en la actitud de seguimiento fiel a Cristo. Tomar la cruz es, sencillamente, seguir a Jesús y asumir las decisiones, renuncias y consecuencias que se deriven de ello. Llevar la cruz no implica mortificación añadida, ni autodestrucción, ni buscar la humillación o el maltrato. Llevar la cruz no busca la derrota, sino vivir como portadores de la esperanza y la alegría. Vivir convencidos de que nos llevará a la vida plena.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Jeremías se sitúa en uno de los periodos más convulsos de la historia de Judá, son las últimas décadas del reino del sur, desde el reinado de Josías (640-609 a. C.) hasta la caída de Jerusalén ante Nabucodonosor (587 a. C.). Joaquín revertió las reformas religiosas que había adoptado su padre, Josías, y se alió con Egipto, en contra del consejo profético. El pasaje de hoy forma parte de las lamentaciones de Jeremías, una serie de monólogos de gran intensidad emocional y teológica, en los que el profeta desnuda su alma. Este capítulo 20 es especialmente dramático porque sigue al enfrentamiento con el sacerdote Pasjur, que había golpeado a Jeremías y lo había puesto en el cepo (20, 1). Este pasaje es la respuesta del profeta ante la persecución física y el fracaso aparente de la misión. El texto omite la confianza final (vv. 10-13) y la maldición del día de su nacimiento (vv. 14-18).

Texto. Comienza el texto con un reproche, la seducción de la que habla el profeta es una percepción subjetiva de que Dios le persuadió con engaños, siente que Dios le llama sin revelarle el coste que ello tendría. Pero en la segunda parte del v. 7 pone de manifiesto la sensación de no haber podido resistirse. Jeremías se siente como un prisionero de una llamada que no pidió y de la que no puede escapar. El resultado es la vergüenza pública, lo que debería ser motivo de honor (la Palabra de Dios), le convierte en objeto de burla, de risa sarcástica y de desprecio de quienes reciben su mensaje de juicio.

El profeta no puede anunciar un mensaje de consuelo; su predicación es el anuncio de la violencia y la destrucción. Violencia social y devastación militar que vendrán como juicio de Dios. El mensaje más sagrado se convierte en fuente de su mayor deshonra, oprobio y escarnio. (v. 8).

Culmina el texto litúrgico con el v. 9 donde Jeremías intenta renunciar a su vocación, quiere borrar a Dios de su conciencia. Pero fracasa, porque la Palabra de Dios es como fuego ardiente encerrado en sus huesos. El fuego es un símbolo clásico de la presencia divina (la zarza ardiente, el Sinaí, Pentecostés), y aquí es incontenible e irresistible. Jeremías se esfuerza por soportarlo, pero, con sus propias fuerzas, le resulta inútil.

Este versículo nos revela la dinámica de la vocación profética: la llamada de Dios no es una opción entre otras, sino una fuerza que se apodera de la persona entera. Jeremías no puede dejar de ser profeta, aunque quiera, porque la Palabra de Dios lo posee.

Pretexto. Esta primera lectura es el trasfondo veterotestamentario del evangelio de hoy, del seguimiento radical. Ser profeta o discípulo significa ser consumido por una palabra que no se puede retener, aunque cueste la vida. Vivimos, como Jeremías, un tiempo que se debate entre la nostalgia de un pasado glorioso y el miedo a un futuro incierto. Debemos ser conscientes de la tentación que nos rodea: pretender un mesianismo sin cruz. Tres lecciones podemos sacar de este texto: primero, que la vocación cristiana es un fuego que no se puede apagar; segundo, que el profeta y el discípulo van a tener que soportar la cruz del rechazo; y, por último, que la queja ante Dios es legítima y forma parte del proceso de la fe.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Comienza en el capítulo 12 la última parte de la carta a los Romanos. Es una parte exhortativa donde se exponen la exigencias de la justicia de Dios a través de indicaciones concretas. Se recuerda que no se puede vivir como un justificado (la justificación por la fe, tema central de la carta) por Dios si no se practica la caridad. También la práctica cristiana del amor es algo irrenunciable para la fe.

Estos dos primeros versículos del capítulo 12 son una introducción a la parte que sigue. Orientan sobre cómo hay que entender todo lo que sigue. Expresan dos elementos imprescindibles para la realización de la existencia cristiana: 1) la existencia cristiana tiene que cumplirse ofreciéndose los creyentes como "sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" ; 2) La existencia cristiana tiene que ver directamente con "este mundo", por lo que el cristiano debe estar siempre atento para no acomodarse a las circunstancias que le rodean, sino que debe renovarse interiormente para saber cuál es la voluntad de Dios.

Pablo exhorta, pero no para que simplemente se cumplan unas normas o reglas de conducta, sino que habla en nombre de Dios, con el Evangelio en la mano para dar consuelo y aliento a los cristianos, a la vez que exigencias.

Pablo anima a presentar "los cuerpos" como sacrifico, como culto corporal. No se entiende sólo el cuerpo como la parte física del hombre contrapuesta al alma, sino como el campo material en sentido amplio desde el cual presta el hombre su servicio. Así, la existencia cristiana se realiza en dos campos: una existencia para Dios y una existencia para los otros, dos aspectos que se complementan. Aquí ve Pablo el verdadero "sacrificio vivo, santo y agradable a Dios".

Vemos en el v. 1 que la exhortación de Pablo va dirigida a la entrega total del hombre a Dios. En el v. 2 se recuerdan las relaciones que el creyente debe tener con el mundo vistas desde su relación con Dios. El cristiano ha sido "justificado", por lo que no debe "adaptarse a la forma de este mundo". Hay que tener precaución con este mundo, ya que en él gobierna el pecado, pero esto no quiere decir que la vida cristiana esté totalmente al margen de este mundo sino que hay que transformarlo empezando "por la renovación de la mente". Esta "renovación de la mente" se cumple en la renovación que el cristiano hace de sí mismo escuchando la novedad que Cristo ha puesto en marcha y que se desarrolla en la vida concreta cumpliendo "lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto". Comprender la voluntad de Dios y responder a ella con la obediencia, es el camino.

Nos debemos acomodar a la voluntad de Dios y no a los deseos de este mundo. Pero mientras llega el momento de alcanzar plenamente ese mundo de Dios, el cristiano debe aceptar este mundo en el que vive y transitar por él y ser ejemplo de esa salvación que conducirá al mundo de Dios.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Mateo estructura el evangelio en tres grandes bloques. Tras la revelación en Cesarea de Filipo de la semana pasada, el evangelista introduce un giro, con una inflexión en la narración: el rostro de Jesús se vuelve hacia Jerusalén. Este anuncio de la pasión (el primero de los tres que recoge Mateo 16, 21; 17, 22-23; 20, 17-19) no es un dato biográfico aislado, responde a la necesidad del plan divino. En el judaísmo del momento, el Mesías era concebido como un libertador político y militar

que restauraría la gloria de Israel. Un Mesías crucificado era un escándalo (cfr. 1Co 1, 23). Y Jesús quiere desmontar esa perspectiva.

La reacción de Pedro revela hasta qué punto la confesión de fe puede convivir con la incomprensión más radical. Su intención es buena, proteger al Maestro. Pero por su cercanía, por su revelación, su tentación es más sutil y peligrosa.

Texto

El evangelio de esta semana, y a renglón seguido, nos muestra el reverso de la moneda. El mismo Pedro que confesaba a Jesús como Hijo de Dios, se presenta ahora como la "piedra" de tropiezo, porque no hay mesianismo sin cruz, no hay gloria sin obediencia, no hay resurrección sin muerte.

En el primer anuncio de la pasión (v. 21), Jesús anuncia tres elementos: padecer, morir y resucitar. Mateo destaca el deber de ir a Jerusalén como obediencia a los planes divinos. Jesús no solo será perseguido, sino rechazado por ancianos, sumos sacerdotes y escribas, por todo el Sanedrín. Lo que demuestra el contexto de controversia en el que escribe Mateo.

Pedro (vv. 22-23) se lleva aparte a Jesús para reprenderle y la respuesta de Jesús es la más dura de todo el evangelio, llega a llamar Satanás al mismo hombre que acaba de proclamar como Petros, como "piedra". Un título que nos remite a las tentaciones del desierto, donde el diablo propuso un mesianismo de poder y espectáculo. Pedro hace de abogado del diablo, portavoz de una lógica que nos es la de Dios, sino la de los hombres. La piedra de la confesión se vuelve en piedra de escándalo cuando se niega a aceptar el camino del Siervo sufriente.

Pero, Jesús no se limita a corregir a Pedro, establece tres imperativos radicales para seguirle (vv. 24-25). Negarse a sí mismo, ese negarse que es el mismo que se usa en las negaciones de Pedro (Mt 26, 34), no se trata de una ascesis moralista, sino de renunciar a la autocentración, a la pretensión de ser el dueño de tu vida, que es lo que implica el confesar a Jesús como Señor. El segundo imperativo es tomar la cruz, la cruz era el instrumento de ejecución de esclavos y rebeldes, la pena máxima de infamia, lo que supone aceptar la posibilidad de una muerte violenta por seguirlo, en sentido teológico, la aceptación de la voluntad del Padre hasta el final. La última de las condiciones es el seguimiento, porque la meta no es el sufrimiento por el sufrimiento, sino el seguimiento de Jesús. la cruz no es un fin en sí mismo, sino la condición para caminar tras el Crucificado, la condición para la Resurrección. La paradoja del v. 25 se articula en torno a un juego semántico (psykhe, vida o alma) entre vida o alma, la vida biológica y la vida auténtica están en tensión, solo la entrega de la primera permite alcanzar la segunda.

Se cierra la perícopa con los vv. 26-27. Jesús relativiza las riquezas, el éxito, el poder y la acumulación, la psykhe (la vida en su dimensión eterna) no tiene precio. El v. 27 introduce la cuestión escatológica, Mateo añade este elemento de retribución final, característico de su teología, para recordar que el seguimiento de la cruz no es un sinsentido; tiene su recompensa en la gloria del Padre.

Pretexto

Detrás de esta perícopa está el deseo de que Dios se ajuste a nuestras expectativas. Es la tentación de Pedro y la Iglesia de todos los tiempos. La tradición eclesial no puede olvidar la ambivalencia de Pedro como roca (v.18) y como Satanás (v. 23). La gloria de Dios (doxa) se manifiesta en el vaciamiento (kenosis) del Siervo. Nuestra sociedad huye del dolor y cultiva la apatía, se nos vende la felicidad como ausencia de conflicto y la realización personal como acumulación, sin embargo, la opción de Jesús es la contraria. Nadie puede privarnos de la cruz si queremos seguir a Jesús. La Iglesia debe ensuciarse en el barro de la historia. ¿De qué cruces huimos? La paradoja cristiana nos recuerda que no se trata de tener, sino de ser; no se trata de retener, sino de dar.

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas para la Homilía

"Un camino de libertad"

Hemos visto cómo Jeremías se siente engañado, humillado, utilizado y ridiculizado. Su predicación de la Palabra se ha convertido en motivo de escarnio contra él. Y, también, cómo a pesar de eso, es consciente de que no puede dejar de proclamarla, hay una fuerza interior, ese fuego que él dice, que le mueve a hacerlo. Esa es la experiencia de todo el que, de verdad, ha sido tocado por el Evangelio. Ese fuego que quema las seguridades y que nos empuja a hablar, cuando sería más prudente callar, que nos coloca en la cuerda floja de la profecía. Ser profeta hoy es anunciar una verdad incómoda para los poderosos, que desmonta los discursos actuales, que denuncia la injusticia allí donde se esconde bajo las alfombras de una retórica vacía.

Pablo, por su parte, nos da la clave para no caer en el engaño del culto. No se trata de adaptar el Evangelio a los gustos de la época, sino de transformar nuestra mentalidad para discernir cuál es la voluntad de Dios. Porque el verdadero culto, el que agrada a Dios, no es el de los rituales vacíos, sino "presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" (Rom 12, 1). Es decir, nuestra vida entera, nuestro trabajo, nuestras relaciones... ese es el altar en el que ofrecemos a Dios lo que realmente importa. No más animales muertos, dice Pablo. Lo que Dios quiere es una vida entregada, una vida que no se conforma con las injusticias estructurales, que no se acomoda a la lógica del descarte, que no reproduce los patrones de un sistema que excluye. Eso es lo que significa ser transformados: dejar de pensar como piensa el mundo y empezar a pensar en la dinámica del Reino.

En el Evangelio, Pedro acaba de reconocer a Jesús como Mesías, pero su idea de Mesías no es la misma que la que tiene Jesús. El mismo Pedro, que era piedra, fundamento de la Iglesia la semana pasada, se convierte ahora en piedra de tropiezo. Pedro buscaba un Mesías a su medida, según los criterios del mundo, un Mesías triunfante, poderoso, que derrote a los enemigos. Pedro buscaba un Mesías que se pareciera a los ídolos de este mundo. Jesús le dice que eso es pensamiento de Satanás. El mismo Pedro que recibe la revelación de Dios para proclamar a Jesús como Mesías, es el que ahora habla influenciado por el mundo, por Satanás. Pero el camino de Dios, el camino de Jesús es otro, es el del servicio, de la vulnerabilidad, de la entrega, del camino de la cruz. Una cruz que consiste en amar sin medida, que sea capaz de decir la verdad a los poderosos, en medio de una cultura que siembra odio.

Jesús nos deja una paradoja más, perder la vida para ganarla. Eso significa abandonar las seguridades que acumulamos, significa entrega, significa preferir la justicia al beneficio propio, poner el bien común por encima del interés particular. Perder la vida es un acto de libertad, liberarse de la esclavitud del ego, es descubrir que la verdadera vida es la que se comparte, la que se arriesga por los demás.

Vivimos en una sociedad que nos invita aganar el mundo, a tener más, a consumir más, a ascender más, a ser más visibles... y todo ello a costa de nuestra propia humanidad, de nuestra capacidad de amar, de nuestra coherencia...

El camino que Jesús nos propone es no es fácil. Es el camino de la cruz. Pero no es un camino de tristeza, sino de libertad. Que el fuego de Jeremías arda en nuestros huesos, que no nos conformemos con un cristianismo de salón, que nos atrevamos a perder la vida para ganarla, que nuestra comunidad sea signo del Reino que Jesús vino a inaugurar, Reino de paz, de justicia, de fraternidad, donde nadie sobra, donde nadie es descartado, donde todos tiene su lugar en la mesa. ¿Seremos capaces de cargar con la cruz del amor?

Agustín Garcés
dabar@dabar.es

«El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga»
(Mt 16, 21)

Para reflexionar

¿Cuál es mi experiencia de relación con Dios? Como el profeta Jeremías, la relación con Dios nos obliga a abandonar nuestras comodidades y a proclamar su Palabra aunque resulte incómoda y suponga enfrentamientos. ¿He experimentado la fuerza irresistible de la Palabra en mi vida?

¿Soy capaz, como Pablo, de ver mi vida como ofrenda a Dios?

¿Busco, como Pedro, un Mesías triunfante, poderoso, que imponga su reino por la fuerza y derrote a los enemigos? ¿O prefiero el camino de Dios que pasa por el servicio, la vulnerabilidad, la entrega..., la cruz? La cruz de Jesús es consecuencia de vivir el amor hasta las últimas consecuencias en un mundo que no entiende el amor.

La verdadera vida no se encuentra en las seguridades que acumulamos, se encuentra en la entrega. Perder la vida, en sentido evangélico, no es un acto masoquista. Es un acto de libertad. Es liberarse de la esclavitud del ego, de la obsesión por tener razón, de la necesidad de controlarlo todo. Es descubrir que la verdadera vida es la que se derrama, la que se comparte, la que arriesga por los demás. Y esa vida, paradójicamente, no se acaba: germina, resucita, se multiplica.

Para la oración

Dios de la Alianza, que en Jesús nos has mostrado que el camino de la cruz es el camino de la vida, y que el poder verdadero se manifiesta en el servicio humilde, concédenos la valentía para no buscar la seguridad de este mundo, sino poder poner nuestra confianza en tu Palabra, que es fuego en nuestros huesos y vida eterna para toda la humanidad. PJNS.

Recibe, Señor, estos dones que te presentamos con las manos abiertas y el corazón sincero. Que así como el grano de trigo muere para dar fruto, nosotros, al participar de este banquete, aprendamos a morir a nuestro egoísmo para resucitar a la vida del servicio y la solidaridad. Que este sacrificio espiritual, como nos enseña Pablo, sea el culto que te agrada: una vida entregada a los hermanos, especialmente a los más pequeños y excluidos. PJNS

Siempre tenemos que darte gracias por todo lo que haces por nosotros, Pero, especialmente, debemos agradecerte que en tu Hijo, Jesucristo, hayas querido revelarnos el rostro de un Dios que no es poderío ni dominio, sino entrega y servicio. Él se despojó a sí mismo y tomó la condición de esclavo para enseñarnos que la verdadera vida no se encuentra en las seguridades de este mundo, sino en la valentía de perder la vida por amor. Tú has querido que tu Iglesia no busque los primeros puestos ni se acomode a los criterios del mundo que descarta y excluye, sino que se convierta en profecía viva de un Reino de justicia, paz y fraternidad universal. Por eso, con todos los que están contigo en el cielo y todos los que te siguen en este mundo, te cantamos...

Dios de la vida, que nos has alimentado con el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía, danos la fuerza para nos retener este don para nosotros solos. Que la comunión con el Cuerpo de Cristo nos impulse a salir de nuestras seguridades y construir comunidad donde el poder sea servicio y la cruz, signo de amor.

Cantos

Entrada. El Señor nos ha reunido junto a Él (Kairoi); Qué alegría cuando me dijeron (Manzano); Reunidos en el nombre del Señor (Palazón); Camina Pueblo de Dios (1CLN-726); Con alegría en el corazón (Madurga).

Salmo. LdS; el estribillo A tus manos, Señor, mi Dios (Erdozain).

Aleluya. 2CLN-E 18 ó E 3.

Ofertorio. Te vengo a ofrecer (CB-196); Amor es entregarse (Piñeiro); Pan sabroso (Erdozain).

Santo. 1CLN-I 2.

Comunión. Acerquémonos todos al altar (Palazón); No sé cómo alabarte (CB-134b); Altísimo Señor; Tú, Señor, me llamas (1CLN-412); Dentro de mí (Erdozain); Toma tu cruz y sígueme (Brotes de Olivo); Tomad mi cruz (Arín-Aragüés); Me has seducido (Kairoi); Tú me has seducido (Hna. Glenda).

Final. Yo siento, Señor, que tú me amas (Kairoi); Arcilla entre tus manos (Kairoi); Reina del cielo (Bravo); Enviados (Alcalde).

La misa de hoy

Monición de entrada

Sed bienvenidos a esta celebración en la que Jesús nos invita una vez más a la locura del camino de la cruz. Pero la cruz como signo de una entrega radical al amor, consecuencia de vivir contracorriente en el mundo de hoy que adora el poder, el éxito y la apariencia.

Muchos vienen hasta aquí cargados con la cruz de la injusticia, la enfermedad, la soledad o la búsqueda de sentido. Pero también vienen con la certeza de que el Dios de Jesús camina con nosotros y nos guía a una vida plena.

Saludo

La gracia de Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, que nos fortalecen para cargar con la cruz de cada día y seguir a Jesús sin reservas, esté con nosotros.

Acto penitencial

Con la confianza de sabernos hijos en el Hijo, antes de acercarnos a este banquete de amor, pidamos perdón a Dios por todas nuestras faltas.

- Señor Jesús, Tú anunciaste un Reino de justicia y paz, mientras nosotros preferimos las seguridades de este mundo. Señor, ten piedad.
- Señor Jesús, Tú nos llamas a perder la vida para ganarla, y nosotros nos aferramos a nuestras seguridades y privilegios. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, Tú tomaste la cruz para liberar a la humanidad, y nosotros nos escandalizamos de un Dios que sufre. Señor, ten piedad.

Dios, fuente de todo amor, tenga piedad de nosotros y nos perdone. PJNS.

Monición a la Primera lectura

Escuchamos la confesión de Jeremías, el grito de desgarrado del profeta que se siente engañado por Dios, pero que, a pesar de ello, admite que no puede resistirse al poder de la Palabra.

Salmo Responsorial (Sal 62)

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Monición a la Segunda Lectura

La carta a los Romanos nos ofrece una de las definiciones más radicales de lo que significa ser cristiano y nos llama a no dejarnos domesticar por los poderes de turno en una llamada a no reproducir los patrones de una sociedad que excluye, consume y desecha.

Monición a la Lectura Evangélica

Pedro acaba de ser proclamado la "piedra" sobre la que se edifica la comunidad, y ahora se convierte en la "piedra" que hace tropezar. Jesús nos llama a perder nuestra vida, a salir de nuestra zona de confort, para ganarla de verdad.

Oración de los fieles

Impulsados por la Palabra que hemos escuchado elevemos nuestra súplica al Padre que conoce las necesidades de todos sus hijos e hijas.

- Por la Iglesia, para que, como Jeremías, no calle ante las injusticias y sea profecía viva de un mundo nuevo, donde el poder se viva como servicio y el dinero como un bien común. Roguemos al Señor.

- Por los gobernantes y poderosos, para que dejen de construir imperios sobre la exclusión y la violencia, y se inspiren en el ejemplo de Jesús, que no vino a ser servicio sino a servir y dar su vida por todos. Roguemos al Señor.

- Por los que sufren a causa de la injusticia: los inmigrantes que buscan un hogar, los trabajadores explotados, las víctimas de la guerra y de la violencia económica, para que en nuestras comunidades encuentren un rostro acogedor y solidario. Roguemos al Señor.

- Por los que han sido apartados de la comunidad por su orientación sexual, situación familiar, su ideología o por su pasado, para que la Iglesia sea siempre la casa abierta donde encuentren consuelo y el abrazo de Dios que no excluye. Roguemos al Señor.

- Por nuestra comunidad, para que alimentados por la Eucaristía aprendamos a no amoldarnos a este mundo y ser fermento de justicia, paz y cuidado de la creación. Roguemos al Señor.

Dios de la vida atiende las peticiones de tu pueblo y haz que nuestras palabras se conviertan en gestos concretos de amor y justicia. PJNS.

Despedida

No nos vamos con un mensaje de consuelo fácil, sino con una misión exigente: ser signos del Reino en medio de un mundo que nos invita a la comodidad y al individualismo. Que Dios nos acompañe en el camino de cada día y nos ayude a perder nuestra vida por el Evangelio, para ganarla y vivirla en plenitud.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

XXII Domingo ordinario, 30 agosto 2026, Año LII, Ciclo A

JEREMIAS 20, 7-9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo tengo que gritar: «Violencia», proclamando: «Destrucción». La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: «No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre»; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía.

ROMANOS 12, 1-2

Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable. Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

MATEO 16, 21-27

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro: «Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios». Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta».